

rado con ansia; y ante este vuestro numeroso concurso Nuestro paternal corazón se exalta y regocija de manera, que Nos parece poder con toda verdad repetir de vosotros lo que un día dije, refiriéndose á su Tito, el apóstol San Pablo: *Dios nos ha consolado con vuestra venida.*—Desde los principios de Nuestro Pontificado, viendo á la Iglesia de Jesucristo cruelmente afligida por muchas causas en los pueblos á Nos más próximos, y haciéndonos por todo extremo doloroso tal espectáculo, Nos placia volver hácia Oriente nuestra mirada, ganosa de encontrar allí en los recuerdos de lo pasado, algun motivo de consuelo y de alegre esperanza para lo porvenir.

Ahora, por benigna disposicion de Dios, cabalmente el día de hoy, se Nos concede una parte, ciertamente no ínfima, de los consuelos que entónces buscábamos entre vosotros. Porque Nos son bien conocidas, amados hijos, vuestras intenciones, observamos y ponderamos como merecen, la piedad y la fé que de tan remotas y diferentes regiones os condujeron aquí con propósito concorde, para rendir homenaje á Nuestra pequeñez y á la alteza soberana de la Sede Apostólica.—Hecho en el cual, no solo se patentizan los laudables sentimientos de cada uno de vosotros, sino se vé ademas, una prueba de la maravillosa y divina unidad de la Iglesia de que ha poco, segun la verdad, y con elocuencia, habláis vos, venerable hermano.—Dado

que Jesucristo fué quien estrechó y selló con su sangre la universal fraternidad del género humano, y á todos los que creian en El recogió como en una sola familia, que es la Iglesia, coordinando las inteligencias y los corazones de todos en tan perpétua concordia, que hubiesen de ser una sola cosa entre sí, como una sola cosa son El y el Padre.— Para ser tutela de esta union confirió el primado pontificio á San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, y estableció que se trasmitiese á sus sucesores los romanos Pontífices, á fin de que, permaneciendo los miembros debidamente unidos á la cabeza visible de la Iglesia, se difundiese la vida por todo el cuerpo de la gran familia cristiana; vida cuyo beneficio debéis vosotros agradecer, amados hijos, despues de Dios, á los Santos Cirilo y Metodio, vuestros comunes Apóstoles.

Ellos, en primer lugar, en el nono siglo, cuando el pueblo eslavo comenzaba á alcanzar mayor fama, consagrándose plenamente con increíble caridad á la cultura espiritual de vuestros mayores, en breve tiempo los tuvieron, merced al Evangelio, regenerados en Jesucristo. De tal modo lograron aquellos pueblos la ventura de verse unidos á esta Sede Apostólica, esto es, á la piedra que Jesucristo quiso que fuese el fundamento de su Iglesia y muro inquebrantable contra todos los ataques de los hombres y de Satanás. Entre los eslavos y esta Sede de San Pedro se establecieron

entónces íntimas relaciones y reciprocidad de servicios, cuya memoria es gratísima al alma, sobre todo en este día y en vuestra presencia. Primeramente los dos santos hermanos aquí en Roma dieron cuenta de su apostólico ministerio: aquí junto á la tumba de los príncipes de los apóstoles, afirmaron con juramento la integridad de su fé; aquí obtuvieron la dignidad y consagracion episcopal. En cartas sumamente honrosas fué recomendado Metodio por el Pontífice de Roma; y por la autoridad y bajo los auspicios del pontífice mismo, volvió á Moravia juntamente con los Sacerdotes y Obispos destinados á ayudarle en la administracion espiritual de vuestros países. Cirilo inauguró la carrera apostólica con el descubrimiento de las sagradas reliquias de San Clemente I Nuestro predecesor, hasta entónces ignoradas de los quersoneses; las cuales luego, custodiadas con celosa veneracion, quiso que por todas partes le acompañasen hasta Roma. Y como tambien vos venerable hermano, recordasteis antes, no fué acaecimiento fortuito que él muriese en esta alma ciudad, y que Roma tuviese el honor de poseer juntamente los sagrados restos de Cirilo y Clemente, como unidos en un mismo abrazo. Grandes Apóstoles de la fé cristiana entrambos, reposando siglos y siglos el uno junto al otro en la paz de Cristo, parece que quieren dar á entender á la más remota posteridad, cuán estrecha y perpétua debe ser la

union de los eslavos con la santa Iglesia de Roma.

Presto germinaron los opimos frutos de esta íntima union, no solamente con grande utilidad pública, sino tambien con personal ventaja de vuestros mismos apóstoles. Porque cuando les acaeció, lo que con frecuencia sucede á quien acomete grandiosas empresas, encontrar dificultades y acusaciones diversas, fueron oportunamente sostenidos por la Santa Sede, y particularmente encontraron favor y defensa en los Papas Nicolás I, Adriano II y Juan VIII.

Los sucesivos Pontífices, predecesores nuestros, mostraron siempre la más cariñosa solicitud por los eslavos, y vuestra historia ha registrado ya la medida en que el Pontificado romano puede ejercitar su accion no solo en lo que á la religion atañe, sino tambien á lo que se refiere á la pública prosperidad. Y esto que suele acaecer siempre por la necesaria influencia de la Religion en las costumbres y la vida de los pueblos, más abiertamente y claro se ve en el caso de vuestros padres. Los cuales, debido á las fatigas apostólicas de Cirilo y Metodio, adquirieron, no solo la fé cristiana, que es el máximo de los bienes, sino tambien la pureza de las costumbres y la vida civil.

Y no es tampoco escaso título para la gratitud hácia vuestros Apóstoles, el haber inventado éstos el alfabeto eslavo, traducido al idioma vulgar

gran parte de la Sagrada Biblia, y ordenado la liturgia segun la índole de la nacion. Por las cuales causas el nombre de Cirilo y Metodio será siempre querido y venerado en Moscovia, Bohemia y Croacia, entre los búlgaros y polacos y rutenos, y todos los esclavos del mar Adriático, y hasta los lejanos campos de Novogrood.

Si, pues, la comunión con la Iglesia romana ofrece tantas garantías de salvación, y tanta esperanza de inestimables bienes, esforzaos, queridos hijos, para que esa unión permanezca durable entre vosotros, y sea en adelante mucho más sólida. Imploramos unánimemente de los Santos Cirilo y Metodio que se dignen proteger benignamente desde el cielo á los pueblos esclavos, impetrando de Dios la perseverancia para los unos, luces para los otros, y acceso á la mutua caridad para los corazones de todos, alejando de la herencia del Señor las enemistades, rivalidades y rencores. Y sobre todo, que recomienden á Dios aquella nacion poderosísima que los honra como apóstoles suyos, pero rompió los vínculos que por obra de los mismos Apóstoles la tenían unida á San Pedro y la Iglesia romana.

Restablecida la concordia en la profesion de la misma, y salvos los dere-

chos de cada nacionalidad, se podrá confiar grandemente en vuestra valerosa empresa de propagar el reino de Dios sobre la tierra, puesto que la extirpe eslava parece destinada á particulares fines por la divina Providencia.

Por lo demas, queridos hijos, tornad felices á vuestra patria: decid á vuestros hermanos lo que habeis visto y oido en Roma. Atestiguadles que nuestra benevolencia paternal abraza á toda la familia de los esclavos, cuán grande es: répetidles que el más ardiente deseo de Nuestro corazon es que permanezcan fuertes, invenciblemente fieles á la Iglesia católica, y que ni uno salga por error de esta Arca Santísima, fuera de la cual, valiéndome de la sentencia de San Geronimo, perecerá durante el diluvio todo el que la haya abandonado. Llevadles la bendición apostólica, augurio de celestiales favores, que á vosotros aquí presentes afectuosamente damos en el Señor.

#### ORDENES.

El domingo, 6 del corriente, el Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo confirió el presbiterado á los Sres. siguientes:

- Lic. D. Filiberto Hernández.
- „ Severo López.
- „ Miguel Corona.
- „ Perfecto Cosío.

## COLECCION

DE

### Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

TOM. 3. Guadalajara, Noviembre 22 de 1881. NUM. 32.

#### SECCION I.

##### Disposiciones generales de la Iglesia.

CONSISTORIO DE 4 DE AGOSTO DE 1881.

#### ALOCUCION

De Nuestro Smo. Padre Leon XIII.

Nuestro Santísimo Padre el Papa Leon XIII, revestido de los ornamentos pontificales, con la Capa y Estola consistoriales, y acompañado de los prelados y personas nobles de su corte, el juéves 4 de Agosto por la mañana, saliendo de sus departamentos privados del palacio del Vaticano se dirigió á la sala del Consistorio. Allí ha dirigido la siguiente alocucion á los Eminentísimos y Reverendísimos Cardenales que lo esperaban:

“Nos hemos apresurado, Venerables Hermanos, á reunir cerca de Nos vuestro augusto Colegio, y aprovecharnos de las creaciones de Obispos que vamos á hacer, para daros parte

del dolor que Nos habemos experimentado por los hechos odiosos que han tenido lugar en Roma en la ocasion de la traslacion de las cenizas de Pio IX, Nuestro predecesor de feliz memoria. Ya hemos encargado á Nuestro amado hijo el Cardenal Secretario de Estado, manifestar sin tardanza esos hechos inesperados é indignos á los Soberanos de Europa; pero el ultraje inferido á Nuestro gran predecesor y á la dignidad del Pontificado, Nos impone imperiosamente el deber de levantar hoy la voz, á fin de que Nuestros sentimientos á este respecto sean públicamente consignados, para que las naciones católicas sepan que Nos hemos hecho cuanto estaba en nuestro poder para proteger la memoria de un hombre tan santo, y defender la majestad del Soberano Pontificado.

Pio IX, como lo sabeis, venerables hermanos, dejó ordenado que su cuerpo fuese sepultado en la basílica de San Lorenzo *extra-muros*. Cuando se trató de cumplir esta su última voluntad, se resolvió, de acuerdo con los